

pira sentimientos de compasion ese noble príncipe, que en su soledad sólo halla simpatía en el pueblo que no le abandona y le comprende, como á su igual, y que adulado por Clarin, es alzado más tarde sobre el pavés por soldados y villanos. Y en verdad que el pueblo ve más hondo que la córte: adivina en Segismundo un jefe resuelto y brusco capaz de la violencia, pero que por su gallardía, ingénio y bravura, parece destinado á regirle por caminos de gloria.

Interrumpe el comenzado diálogo de Clarin y Segismundo la presencia de Rosaura. No es posible analizar friamente esa escena: la comprenderá quien la sienta. ¿Cómo pintar, si no es con sus propias palabras, los diferentes afectos que agitan al príncipe en presencia de la mujer adivinada en el monte, en el palacio deseada? ¿Cómo hacer autopsia en la pasion, en la impaciencia, en la amargura, en la ira, en el desenfreno de esa bella escena?

Las primeras palabras de Segismundo á Rosaura son ligeras, galantes, gongorinas, como las hubiese dirigido á otra mujer cualquiera; pero apenas conoce en ella á la consoladora de la primer jornada, á la que encendió su sangre por vez primera, exclama: *¡Ya hallé mi vida!* y brota de su alma un lirismo encantador, versos hechos de notas musicales, frases palpitantes de pasion y de una complexion tal, que parece extraño al leerlos que no se canten; hasta tal punto hay en su fondo oculta y misteriosa música, esa grande música, esa orquesta invisible, esa melodía infinita que se exhala de los versos del poeta, del marmol del estatuario, del lienzo del pintor.

¡Mujer! dice Segismundo; y su voz se extingue en las sílabas de este encantado nombre. No sabe decir más, no puede decir más. Mujer, es el gran todo para su alma. Si despues, dominando el primer arranque y sustituyendo á la pasion la galantería, la compara al sol, al lucero, al diamante y á la rosa, es porque toda la naturaleza canta y reverencia la sublime creacion de la mujer. Todas las radiaciones del cielo, todos los fuegos y los perfumes de la tierra se contienen en la mujer. Fué creada la última, y reúne las perfecciones y corrige las deformidades de los séres que la precedieron. En ella se agotó el génio del poder creador. Tuvo que descansar de sus tareas, dice el Génesis, como si tomase fuerzas para crear á la mujer. Y sólo cuando hubo reposado la hizo surgir de la carne y de los huesos del hombre, radiante de belleza, de gracia y de majestad. No creemos que ningun poeta haya expresado mejor que Calderon esa supremacía de la mujer. Segismundo, Adan de un nuevo paraíso, saluda su aparicion con exclamaciones de entusiasmo, con lirismo arrebatador, digno del primero de los hombres en presencia de la primera de las mujeres.

Con despego acoge la altanera Rosaura las frases corteses del príncipe, sin atender, con la imprudencia propia del bello sexo, que se cree autorizado para todo á causa de su debilidad, á que el carácter de Segismundo no tiene nada de blando ni de comedido. Pero en esta ocasion la repulsa no hiere al príncipe en el orgullo, sino en el corazon. Al oír que le apellidan bárbaro, cruel, tirano, ántes de dar suelta á la cólera, una lágrima desesperada y amarguísima brota de su alma, anúdase su garganta, mide todo el abismo de su soledad en el mundo de una sola mirada; contéplase rodeado de todas aquellas hostilidades, sin defensa contra ellas, á no ser el empleo de la fuerza bruta, y sin conocer que su conducta motiva su desventura, é ignorando ya

qué hacer, si mostrarse blando y suave ó cruel y soberbio, exclama con acento preñado de sollozos:

Porque tú ese baldon no me dijeras
Tan cortés me mostraba,
Pensando que con esto te obligaba...

Y tragando su llanto, secándolo al fuego de su ira, da lugar al escándalo que sigue, de un brio, de un arranque, de un efecto fuertísimo en la escena, y que colma la medida de las locas acciones de Segismundo.

Terminó la realidad soñada. El palacio, las músicas, las bellas mujeres, los servidores sumisos, el poder, el deleite, todo huye y se desvanece en los aires. Caen de nuevo el príncipe en brazos del sueño, y vuelve á la oscura prision y á la odiada cadena, que cuanto le ha pasado:

Como fué bien del mundo fué soñado.

XI

La vida es sueño tiene pasmosa realidad como ninguna otra obra de las apellidadas filosóficas, que por punto general necesitan, para producir el deseado efecto, de velos y sombras, de nieblas y celajes, interpuestos entre la creacion y el espectador, á la manera que la luz en demasía viva se temple con cuerpos opacos, si bien á las veces esas precauciones del poeta muestran que marcha indeciso y teme presentar su pensamiento al desnudo poco confiado quizá en el éxito.

Calderon no vacila un momento. Inunda la escena de radiaciones y fulgores, presenta de cuerpo entero á su protagonista, lo lanza en la pasion y en el drama con sublime desenfado. No busqueis en su creacion la fantasmagoría, ni los símbolos, ni las alusiones de misterioso sentido. Todo en él es franco y audaz. ¿Qué quiere demostrar? ¿Que la vida es sueño? Pues hace que el protagonista palpe las realidades de la vida y las crea soñadas, no por medio de la varita de un encantador, ni por conjuro nigromántico, sino en virtud de intriga dramática, en cuyo secreto está el espectador.

Por eso mismo Segismundo no tiene que esforzarse en demostrar la certidumbre que le domina de que ha sido soñada su efímera libertad. Durmióse prisionero, despertó príncipe, volvió al sueño y de nuevo despertó entre cadenas. ¿Puede dudar ni un momento que ha soñado? La tarde en que Rosaura llegó al albergue de Segismundo, fué para éste tempestuosa, y como nunca agitada en su vida. Acababa de invocar con vehemencia á la naturaleza entera, pidiéndola cuenta de su esclavitud excepcional, en medio de la libertad de todos los séres. Interrumpido por Rosaura en su áspera y tristísima meditacion, habia experimentado en el alma la vaga é inquietante florescencia del primer amor. Despues, contrariado por Clotaldo, hostigado como una fiera hasta el fondo de su cubil, el pobre mónstruo se habia arrojado sobre durísimo lecho, en brazos de la desesperacion; y aún más excitado por las imágenes de grandeza y de poderío que Clotaldo suscita en él, entregóse al sueño reparador de las

fuerzas físicas y morales, aquel día agotadas. Ved los elementos del sueño de Segismundo; hay en ellos bastantes sobreexcitaciones que determinen después el error del prisionero.

¿Qué tiene, pues, de extraño que al despertar en la suntuosa corte de su padre se crea todavía en los brazos del sueño? Y si después persiste en su error, nadie osará tacharle de crédulo en demasía. Ignora que es príncipe en Polonia, no conoce á su padre, la transformación de Rosaura le confunde, aquel palacio suntuoso le ha fascinado, el contraste que resulta para él entre su vida de prisionero y su existencia de príncipe, la pasmosa realidad que revisten á veces los sueños, hasta el punto de que ya despiertos creemos que aún no han terminado, y nos cuesta un esfuerzo la vuelta á la realidad, todo se conjura para que, no Segismundo, que al cabo no tiene experiencia de la vida, ni clara noción del mundo, sino el hombre más experimentado, ménos impresionable y cándido, incurra en el mismo error: con tanta habilidad ha preparado el poeta ese efecto escénico y moral. No hay nada violento, nada que se salga de los límites de la escena y que invada la esfera del poema épico, en la ficción que hace de la vida real de Segismundo un ensueño.

Por otra parte, ya hemos dicho que los acontecimientos que preceden al sueño real de Segismundo, son como esbozos del sueño ficticio que le espera. Clotaldo mismo ¿no levanta su ánimo á la empresa haciéndole contemplar el impetuoso vuelo del águila? Así se comprende, que vuelto de nuevo á sus cadenas, aún continúe el ensueño; así reconoce que ha soñado cuando con sublime melancolía exclama:

¡Sí, de despertar es hora!

XII

Ya otra vez, en el solitario monte en que Segismundo arrastra sus cadenas, en sueños amenaza todavía á Clotaldo y á su padre. Este escucha aquella amenaza, palpitante el corazón y lleno de inquietud. El amor paternal, no la curiosidad, como dice, le ha llevado allí á presenciar la cruelísima escena del despertar de su hijo. Pocas palabras pronuncia, pero hiere con ellas las más delicadas fibras del sentimiento, y cuando no pudiendo resistir las desgarradoras frases del príncipe, se retira silencioso, ya hemos dicho que llega el rey Basilio á la sublimidad trágica.

De nuevo narcotizado y cubierto de rústicas pieles, con la cadena al pié, despierta Segismundo en medio de la salvaje montaña donde ha vivido su primera juventud.

Al verse de nuevo encadenado, el pasado placer es un sueño, sin realidad en el presente. Ni el suntuoso palacio, ni el lecho de flores donde se le prodigaron los obsequios debidos á la majestad y al poder, ni las armoniosas orquestas que saludaron su aparición en la corte, ni sus venganzas en enemigos y contradictores, nada tiene realidad á sus ojos; todo es un sueño, todo ménos la imagen divina de aquella mujer del primer amor, de Rosaura, que protesta contra las sombras del sueño, que se destaca llena de vida y de realidad sobre fondo de quimeras y de delirios.

Y en aquel momento, ¡qué frase arranca á Segismundo el tiernísimo recuerdo!

Sólo á una mujer amaba...
Que fué verdad creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto sólo no se acaba.

Sí, todo en la vida pasa; placeres, juventud, poder, grandezas, triunfos y aplausos; todo pasa con vertiginosa rapidez. Tan sólo quedan de aquella balumba de sucesos que se alejan, tal cual amigo querido, tal cual mujer adorada, éste ó aquel corazón simpático y fiel, porque en las pasiones humanas sólo el amor da largo tiempo calor de vida y permanencia al recuerdo. En la humareda del incendio, en la tumultuosa nube que se levanta sobre edificio consumido por las llamas, todo es bruma, vapor, ceniza, vanidad disipada en el ambiente y entregada á los caprichos del viento, sin perjuicio que allí donde prendió la llama brille inextinguible el fuego; así en la vida todo lo que flota en torno del hombre, todo lo que no tiene en él mismo su raíz, se desvanece sin dejar huella de su paso; sólo en lo que el corazón se interesa, sólo en el amor, las llamas centellean largo tiempo ántes de apagarse.

Todo ha pasado para Segismundo.

El palacio de sus ensueños se desvaneció; aquel artificio de fuego de una noche se disipó relampagueando y tronante, y entre todas las apariciones de aquel ensueño, sólo una, la que hirió su alma, sigue á su lado, hace palpitar su corazón y le arranca el grito de pasión más grande que ha lanzado hombre alguno torturado por la dicha perdida y el amor imposible.

Mas algo queda á Segismundo. En su noche apunta indecisa y misteriosa la aurora del inmenso sol que en la conciencia se levanta y que debe iluminar el resto de su vida: la virtud. Todo es un sueño, sí, los honores reales y la cadena de un prisionero: sólo la virtud tiene realidad para el príncipe. Quiere hacer el bien hasta en sueños. De sus luchas con el mundo no ha sacado sino contradicciones, amarguras y dolor. Reprimir las pasiones: hé ahí la sabiduría. Segismundo se transfigura. El llanto al pasar por su alma la limpia de las manchas originales, que el dolor purifica como el fuego y como el agua. Miétras fué dichoso, príncipe y omnipotente, pudo abusar de los dones de la naturaleza y del nacimiento; infeliz prisionero, vuelve sobre sí mismo y halla que sólo en la calma de los sentidos, en el freno puesto al apetito, está la dicha de la existencia. Resignación para sufrir el dolor, moderación para usar del placer. Segismundo se penetra de esta gran verdad. El desengaño, que á tantos hombres pervierte y desalienta, le infunde nuevas fuerzas y más justas miras. En adelante el poema será la rehabilitación del héroe. Luchas sublimes estallarán en su conciencia, entre el instinto, pronto á desbordarse, y los deberes austeros del sér racional; pero el hombre vencerá á la bestia, y paso á paso, el sér material, esclavo de sus pasiones, irá espiritualizándose, hasta llegar á la perfección. El poema se remonta: parte de la materia, y pasando por la pasión llega al espíritu. Segismundo, después de haber sido un sér sensitivo, pasa á ser un ente racional. ¿Por qué caminos? Por los del sufrimiento y la experiencia. No es tan dramático el Segismundo de la tercera jornada como el de la segunda, porque la lucha no se exterioriza, sino que tiene

lugar en los espacios invisibles de la conciencia; pero en cambio, si no deleita los ojos ni despierta las sensaciones, hace pensar hondamente al espectador, con el análisis que el héroe aplica á su pensamiento y á sus más íntimos impulsos.

XIII

La revolucion estalla en Polonia. Pueblo y córte luchan. Vacila el viejo palacio del rey, combatido por las olas populares. Corre ya la sangre; se batalla en la ciudad, en el campo, en la montaña. El pueblo reclama como rey á Segismundo, y va á buscarle á la soledad en que está encadenado; un ejército de bandidos y plebeyos le aclama, la libertad le espera, el poder se le ofrece de nuevo. Puede romper otra vez sus cadenas.

Segismundo duda. ¿Será tambien aquello un sueño? Pero al cabo triunfa el deseo, y arrollando la duda acepta de buen grado el sueño. Pero ;con qué restricciones! Aún en sueños ha de obrar bien.

Rugen en su seno las pasiones. En voz alta amenaza á su padre, pero interiormente la razon le contradice poniendo vallas á su cólera. De buen grado daría muerte á Clotaldo, y le perdona, no obstante que la entereza del viejo arrostra altiva su furor. Al frente de inmenso ejército pudiera arrollarlo todo, pero de nuevo la experiencia sujeta la rienda á la ambicion.

Es más, llega Rosaura, la mujer querida, pidiéndole proteccion contra su propio enemigo. Allí está, deslumbrante de belleza, altiva y al par humilde, llenos de lágrimas los hermosos ojos, suplicante y rendida. Allí está oponiendo la débil resistencia de espada en mano femenina; puede obligarla tomando su defensa y aceptando su amparo. ¿Quién osará oponérsele en medio del fragor de una discordia civil, entre el desenfreno de la soldadesca, dispuesta á aplaudirle hasta el crimen, al frente de inmenso ejército, si ya ántes, en la córte, en el palacio de su padre, estuvo á punto de vencer la resistencia de Rosaura? Y luégo su aparicion le revela que no fué soñada la dicha y el poder disfrutado. No, no es sueño; él ha sido príncipe, ha sido señor casi de las gracias de la mujer adorada; afuera la duda, léjos de él la incertidumbre. No ha soñado, no ha soñado; está de nuevo despierto, puede usar y abusar de la realidad. Pero ¿y si en aquel momento está soñando? Y Segismundo torna á caer en el vago abismo de la inmensa duda.

Y en vano intenta saltar al otro lado de la vertiginosa pendiente. Desafía al sueño; si lo es, ;soñemos dichas ahora! exclama; mas de nuevo retrocede, de nuevo la austera voz del deber se sobrepone á la pasion. La conciencia le grita, la razon le cierra el paso, ambas inflexibles, serenas, olímpicas, mostrándole los eternos cielos con el dedo, apoyándole en su inminente caída, diciéndole al oido esas cosas severas y amargas que dicen siempre al crimen y al vicio, y el alma de Segismundo dobla al fin la rodilla ante la razon y la conciencia, y marcha, sin mirar á Rosaura, á batallar rudamente, buscando en el estruendo de las armas, en la fatiga del combate, calma á los sentidos y cilicio á la liviandad.

Pero aún le restan terribles pruebas. Vencerá en todas puesto que á sí propio se vence. Verá á sus piés, de rodillas, al rey, su padre, á quien combate como enemigo, realizándose así á un tiempo su victoria y su venganza. Y no sólo levantará del suelo al venerable anciano, sino que le pedirá el perdon de sus demasías. Dará la mano de Rosaura al príncipe Astolfo, que le disputaba el trono, y que al dejárselo le arrebató algo más, el amor, y encarnizada su virtud hasta los límites de la crueldad, encerrará en su prision á aquel que por librarlo de ella alzó contra el usurpador el pendon de las rebeliones.

Todo se consumó. Era violento, vedle dulce y blando; era rebelde, vedle humilde; era insaciable en sus apetitos, vedle sóbrio y casto. Ha domado sus pasiones, se ha vencido en titánica lucha; su maestro ha sido un sueño. Es más, no se cree por eso despierto, ni en posesion de la realidad. Aún duda, aún contempla la vida con secreto terror. Sólo en la virtud fia para desvanecer los fantasmas del ensueño y hacerlo agradable. Teme el despertar eterno. Se propone, como leyes de su vida, la dulzura, la justicia, la mansedumbre, porque ya sabe que

La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza.

La figura de Segismundo se va elevando en todo el poema. Fiera en la primer jornada, salvaje en la segunda, en la tercera se hace hombre y toma su cruz, y sube al Calvario, y se crucifica voluntariamente; clava en la cruz á sus apetitos, á sus pasiones, á su amor, á sus ódios, les da á beber la hiel y el vinagre, y ya allí, cerca de las nubes, va tomando proporciones colosales; no es ya el héroe del poema, es el Hombre, es el género humano. Muestra á la inmensidad, que le recibe llena de júbilo y de calma, las taladradas manos, el costado herido, la frente sangrienta, y le grita con voz que retumba en el infinito y asombra á todas las literaturas: *¿Estás satisfecha?...* Y su cabellera de oro flota en los cielos, en las radiaciones de los astros, crin de fiera trasformada en nebulosa, bruto hecho estrella, Taurus convertido en constelacion.

XIV

Tal es el inmenso poema. Hemos procurado exponer sus bellezas y sus puntos culminantes. Fáltanos la tarea más grave, la de penetrar su sentido, si es esto posible. En las anteriores páginas contemplamos objetivamente el poema: en las que siguen lo examinaremos subjetivamente. Antes como espectadores; ahora como críticos.

Por lo pronto sacamos de este estudio el convencimiento de que no hay en literatura alguna poema de importancia superior á *La vida es sueño*. Hay quizá mayores bellezas en las obras de carácter filosófico que nos han legado los antiguos y en algunas de los modernos tiempos; pero si nos dejan asombrados, no nos dejan satisfechos. Sólo en el inmortal poema de Calderon gústase la plenitud y el reposo perfectos de que disfrutaban el matemático que ha resuelto su problema, el navegante que ha descubierto su

América. Se puede descansar despues de una lectura meditada de la obra de Calderon. No es posible el reposo en pos de la *Divina Comedia* ó de *Fausto*.

Las bellezas de la creacion calderoniana son, por otra parte, de un órden superior. Pertenecen por entero al estilo del poeta, no parecido á ningun otro, y que conserva en la historia de las letras poderosísima y original personalidad. Y cuenta que el estilo es el escritor, más aún que el hombre, como se ha dicho. El estilo es la individualidad del poeta. Sin él podrán admirarse la profundidad del pensar, la limpieza del decir, pero el arte nada tendrá que hacer, ni que estudiar en el escritor.

El verso calderoniano es instrumento de arte de maravillosos efectos. Unas veces suavísimo, como melodía italiana, cae en cláusulas de cristal á manera de perlas sobre timbales de plata; otras, duro, desabrido, nervioso, se enreda en períodos de complejion gramatical á que la mejor prosa no llega, como enroscándose en torno de un pensamiento hasta aprisionarlo todo, y entónces compararíamos el estilo calderoniano á esa profunda y trabajada música del otro lado del Rhin, donde los cielos negros y los relámpagos deslumbradores se suceden, dejándonos unas veces en tinieblas, otras inundados de luz.

Calderon juega con el pensamiento de una manera inimitable. A veces lo presenta con lisura y transparencia, con aquella fuerza de líneas y redondez de formas, que recuerdan las estátuas griegas. Pero las más de las veces complácese en formar nudos de conceptos, en los cuales el ovillo del pensamiento se enmaraña, en que se cruzan las palabras, se encabritan las frases, cabalgan los versos, chocan las ideas, se atropellan y enzarzan los hemistiquios, se cortan el paso los consonantes, balumba de la que surge el asombro: así de la confusa madeja de tinieblas y luz del crepúsculo sale triunfante el sol. Estos juegos son familiares á Calderon. Su musa desdeña los caminos llanos y conocidos y se va por los vericuetos, desgarrándose el manto en las zarzas, desgrenándose la cabellera en las ramas, sublime como diosa, descompuesta como Furia.

Tiene mucho que estudiar el estilo de Calderon, porque es profundo como el mar, misterioso como la selva. Los alemanes se han enamorado de ese estilo, creyéndose dentro de él en su pátria, donde el pensamiento es hondo y el cielo brumoso, no obstante que en Calderon todo es luz y color.

El sol, que es el supremo resplandor en los cielos, y la mujer, que es la suprema belleza en la tierra, ocupan incesantemente al poeta. Sus ojos parecen deslumbrados por esas dos grandes apariciones, y de continuo van de una á otra. En *La vida es sueño*, ellas ofrecen al poeta sus más brillantes frases:

Pues que salís como el sol
De los senos de los montes!...
¿Qué dejais hacer al sol
Si os levantais con el dia?

¡Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre!...

Calderon usa de pocos colores, pero ¡con qué fuerza! De la naturaleza sólo conoce los grandes fenómenos y las grandes masas, los astros, el cielo, el águila, el mar, la

tempestad, el rayo. Pasa indiferente al lado de las florecillas que esmaltan los campos y que encantan á Garcilaso; no se detiene en éxtasis al soplo del aura estremece-dora que penetra de fria opacidad las sombras del bosque en los estivos meses, y que deleita á Fray Luis de Leon y extasía á Virgilio. Como los profetas hebreos, como Homero, varía poco sus imágenes, pero con ser siempre las mismas, siempre parecen nuevas. Siempre es el sol que resplandece, el águila que vuela impetuosa, la rosa radiante, el manchado bruto, el astro que centellea; pero segun coloca esas imágenes presentan distinto apecto y nueva vida. Y es que los grandes poetas gustan de las grandes imágenes. Tienen en la retina poderoso telescopio que no les consiente distinguir la oruga que se arrastra á sus piés, el insecto que cruza la atmósfera. Su ingenio consiste en que con tan escasos colores en la paleta, con tan pocos recursos poéticos, diversifiquen tanto sus inspiraciones sin producir la monotonía. Sí, Calderon es un poeta colorista. Sus frases tienen el brillo de la acuarela y los tonos un tanto extraños, cuando no chocantes, de esos bellos triunfos del color que han inmortalizado á nuestro Fortuny.

Pero sobre todo, Calderon es un poeta pensador. No hay lógica como la suya. Nadie como él ajusta la argumentacion rigurosa de un ergotista á las armonías del verso y á las fantasías del poeta. Sus personajes piensan con vigor dialéctico que asombra. El silogismo se implanta en su brillante poesía con la exactitud matemática del marco que cierra el cuadro, del sencillo y severo pedestal que sostiene arrebatadora é inspirada estatua. El pensamiento de Calderon es frio, correcto, rectilíneo, como las rayas del pentágrama musical, sobre las cuales la inspiracion derrama á manos llenas lluvia de notas maravillosas, sinfonías sublimes. Compararíamos su génio á esas catedrales bizantinas en su principio y terminadas por el estilo gótico, si no admiráramos la unidad rigurosa á que se somete el poeta. Aquellos monumentos muestran al par del arco romano la ojiva germánica, al par de las líneas rectas la crestería de las agujas cargadas de follaje, el frontis cuajado de santos, de ángeles y de demonios; así Calderon piensa con la severidad del filósofo, habla con el lenguaje del poeta, como si hubiera en su cerebro dos génios creadores, el uno de la verdad, el otro de la belleza en el arte.

XV

Es prurito de la crítica buscar no tan sólo los consiguientes sino tambien los antecedentes de toda la obra literaria. Constitúyese en genealogista indagadora y escrupulosa, que sacude una por una las ramas del árbol genealógico de la creacion artística, frecuentemente con el propósito de privar al ingenio original del fruto de sus trabajos, descubriendo allá en remotos siglos la semilla de donde han brotado; si bien otras veces, deseosa de hallar la filiacion de las ideas de un sábio ó de los poemas de un vate, en los pasados tiempos, para así aquilatar con la antigüedad y la universalidad del abolengo, la pureza y la trascendencia del vástago. Escusado parece que afirmemos, dado el supersticioso respeto que Calderon nos inspira, que al registrar el

pasado literario de su obra obedecemos al segundo y no al primero de aquellos propósitos.

A mayor abundamiento, esta parte de nuestro trabajo pudiera suprimirse, sin que el conjunto padeciese por omision, pues estudiados los antecedentes literarios de *La vida es sueño*, resulta la evidencia de que Calderon no tuvo á la vista ni en la mente ningun poema anterior. Copió del natural, y de la copia resulta el *Hombre entero*, ó lo que es lo mismo, la Humanidad.

Es claro que no nos referimos á la fábula que sirve de base á la accion dramática de *La vida es sueño*, y que algun crítico ha hallado en Bocaccio ó en *Las mil y una noches*. Nos referimos al origen, más que literario, filosófico é histórico de *La vida es sueño*, á su parentesco con otros poemas.

Pero no nos cansaremos en repetir que si alguna relacion resulta, no hay que atribuir la al poeta, sino á ese misterioso agente, á ese polo magnético de cada siglo, que atrae con incontrastable fuerza y desde distintos extremos del horizonte á todos los pensadores. Hay puntos de cita para los espíritus cultivados en una misma época y en un mismo país. La civilizacion coincide en ciertos hechos. Hay momentos en que toda la humanidad se pone á contemplar el Océano, y sucesivamente descubre el Africa meridional, la América, el Pacífico, la Australia. En otros momentos vuelve los ojos al cielo y surge el lúgubre Saturno con su anillo, los asteroides, las manchas del sol y la gravitacion del universo. En nuestro siglo, ¿no hemos visto aparecer al propio tiempo las múltiples aplicaciones de la electricidad y del vapor? ¿No hemos presenciado, aislados y no obstante universales, el movimiento romántico en las letras y el movimiento revolucionario en la política?

Así no debe causarnos extrañeza que Calderon plantee el problema de la vida y suscite la duda de la propia existencia, en el siglo en que poetas y filósofos se veian solicitados por el mismo pensamiento. Sin imitar á nadie, aborda el mismo asunto, pero con una diferencia: tiene conocimiento de lo que hace, hay premeditacion en lo que escribe. No creemos ofender á los inmortales génius Esquilo, Lucrecio, Dante, Shakespeare, Cervantes, si aseguramos que poco ó nada pensaron en la importancia trascendental y filosófica de sus obras, si afirmamos que jamás se propusieron los maravillosos resultados que despues ha descubierto en ellas la crítica elevada y madura de nuestro siglo. Pues bien, en Calderon hay el propósito deliberado, no sólo de plantear sino tambien de resolver, y esto lo demostraremos más adelante, un inmenso problema; el de la vida humana.

* Posible es, no obstante, que no viese todos los remates del edificio que construia, ni penetrase todos los detalles de la creacion que lanzaba en los espacios del arte, porque el génio procede por intuiciones y por instinto, más que por reflexion; pero es lo cierto que ya notamos en el poema calderoniano la superioridad indicada: la de la premeditacion, lo cual acerca á Calderon á nuestro siglo de una manera extraordinaria, pues raro es el poeta moderno que no se prometa en sus obras, cumpla ó no su propósito, un fin superior al de servir de deleite ó de distraccion á los lectores, con lo que se conformaban nuestros antepasados. Homero cantaba para distraer al pueblo griego. Shakespeare se proponia provocar el terror del populacho de Lóndres. Cer-